

1947 MIS ÚLTIMOS MESES EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA¹

Federico Álvarez

En la primavera de 1947 sólo me asomaba de tarde en tarde por las oficinas de la FEU. Estaba estudiando seriamente porque los exámenes, con la ya segura y cercana perspectiva del viaje a México, se habían convertido en cosa de vida o muerte. Me asomaba, digo, nada más; hablaba con los compañeros, siempre en apartes, en voz baja, con una desazón en las entrañas que desde mi fuero interno me decía “¡quédate!” Se vivía allí una extrema tensión. El Comité Pro Democracia Dominicana tenía reunión diaria. Se suponía que era un gran secreto, pero me enteré de todo muy pronto.² Vi una o dos veces a Juan Bosch, siempre impecable con su dril cien, a Mauricio Báez y a otros dominicanos exiliados subiendo o bajando la escalinata, aunque la oficina de reclutamiento estaba en el Sevilla Biltmore y en manos de los dominicanos.

Creo que fue un momento de crisis en la vida política de Alfredo Guevara. Los comunistas no íbamos a Cayo Confites; eso estaba claro. Ni nos invitaban ni queríamos. Y Alfredo sería el próximo secretario de la FEU; pero no lo iba a ser siguiendo las ideas de Manolo Castro, el anterior dirigente,³ sino, muy pronto, las de Fidel. Así lo veo al cabo de los años.

En aquel año fundamental de 1947, Fidel aún no tenía la concepción acabada del futuro político de Cuba que luego habría de definirlo. Su presencia en Cayo Confites, su probable relación con la UIR, su afiliación al partido ortodoxo de Chibás, describen sus vacilaciones de aquellos meses desconcertantes para todos. En unas “Reflexiones” de abril de 2010, Fidel dice de sí mismo palabras que me han aclarado de repente muchas cosas: “*Desde mediados de 1950 en que concluí mis estudios universitarios, me consideraba un revolucionario radical y avanzado, gracias a las ideas que recibí de Martí, Marx y, junto a ellos, una legión incontable de pensadores y héroes deseosos de un mundo más justo*”.



Fidel fue a la FEU y, respaldado por Bosch, se unió al proyecto de Cayo Confites. Manolo no pudo negarse y a veces pienso que, dado su carácter conciliador, bien pudo desear la participación de Fidel así como allanar, lejos ya de la política universitaria, sus mutuas diferencias. Para cualquiera que tuviera ojos en la cara, Fidel era la representación viva de un proyecto político acaso confuso, pero apasionado e intenso. Y así, se dio la extraña circunstancia de que coincidieran en Cayo Confites, Manolo y Fidel. Y Masferrer. Lo que no podía saber Fidel (pero Manolo y Masferrer sí, de manera directa) era que, en aquellos mismos días, mientras ellos estaban bajo el sol quemante, el comandante Salabarría preparaba y llevaba a cabo la matanza del reparto Orfila, y asesinaba, entre otros, al comandante Emilio Tro, jefe de la UIR. Los dos sucesos ocurrieron al mismo tiempo, y Manolo y Masferrer, en Cayo Confites, sabían con antelación y comprobaban por la radio, el trágico acontecimiento habanero del que, de una manera o de otra, habían sido cómplices intelectuales pero del que se habían ahorrado el incómodo protagonismo.

Había que tener en cuenta un antecedente que, al igual que tantos otros rumores que corrían acerca del gobierno, todos habíamos conocido juntando las piezas descabaladas de aquel rompecabezas desechable, rumores que, sin parar mientes en ellos, y a veces sin darles crédito, oíamos como quien conoce la tonada. Helo aquí. La elección de Grau en 1944 abrió los caminos de la revancha para todos los viejos revolucionarios que habían luchado en las calles contra los esbirros del dictador Machado y luego contra los de Fulgencio Batista. La corrupción se extendió por todas partes, y el pleito entre Grau y Chibás dividió aún más a todos aquellos revolucionarios de los años treinta, la mayoría de los cuales habían vivido del chantaje al gobierno de Prío. “Robolucionarios” los llamaban batistianos y grausistas. A principios de 1946 se supo que Grau iba a deshacerse de Diego Vicente Tejera, su ministro de Educación, gran padrino de la corrupción gangsteril. No era un rumor, era una verdadera conmoción en aquel mundo que veíamos desde fuera, previendo, sin una brizna de inquietud, una renovada y cruenta batalla entre la UIR y el MSR.

¹ Texto tomado del libro de Federico Álvarez, *Una vida. Infancia y Juventud*, Primera edición en Memorias Mexicanas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2013.

² Fue Juan Bosch el creador del proyecto de acabar con la dictadura de Trujillo mediante una invasión en toda regla a la República Dominicana, partiendo de Cayo Confites. Convenció primero a Manolo Castro y luego, ambos, al ministro José Manuel Alemán; Grau no puso obstáculos al plan, y Bosch convenció también a Rómulo Betancourt, presidente de Venezuela, a Elie Lescot, de Haití, y a Juan José Arévalo, de Guatemala.

³ Desde el otoño de 1946 se le veía muy poco a Manolo Castro en la FEU, pues había sido nombrado Director Nacional de Deportes. Su etapa universitaria había terminado, aunque todavía quedaba por producirse la aventura de Cayo Confites, en la que asumió posiciones de dirección.

El presidente de la República había tenido que recibir en palacio, en mayo de 1946, a una comisión de viejas organizaciones antimachadistas y antibatistianas que le conminó a no prescindir de su ministro de Educación. Sólo cuando, allí mismo, el ya confirmado nuevo ministro de Educación, José Manuel Alemán, delante del presidente, hizo formal promesa de respetar los intereses ya establecidos (las *botellas*, es decir, las prebendas: los más de dos mil cargos públicos repartidos sin obligación de trabajar, bajo el amparo legal del famoso “inciso K”), fue cuando la comisión abandonó satisfecha el palacio presidencial. Grau bajaba la cabeza pero, aunque podía parecer que la situación quedaba resuelta, el presidente no iba aceptar esa humillación casi pública que todos, en los medios políticos y, por supuesto, en la FEU, conocíamos sin ponerle gran interés.

Grau pidió —se decía— a su jefe de Investigaciones Mario Salabarría y a su director general de Deportes, Manolo Castro, que resolvieran, de una vez por todas, el problema de los ajustes interminables de cuentas y establecieran una paz definitiva en las calles habaneras. ¿No sabía el presidente que estaba encomendando al MSR la “solución final”, el acabamiento inmisericorde de la UIR? Lo de Cayo Confites lo sabía todo el mundo (incluyendo, por supuesto, a Trujillo); lo del reparto Orfila sólo el presidente (confusamente, sin querer conocer los detalles) y el MSR. Fidel quería estar en Cayo Confites y, contra la voluntad de Masferrer, que lo odiaba a muerte, Manolo le abrió el camino; acaso —pensé yo más tarde— para que no estuviera en el reparto Orfila el día de la masacre. Cuando, en aquel cayo desolado y bajo aquella canícula, Fidel supo también por la radio la muerte de Emilio Tro en aquella matanza urdida en palacio, debió rabiar y maldecirse. La invasión a la República Dominicana fracasó en cuanto Estados Unidos pidió a Grau que la deshiciera. Tal vez aquella aventura frustrada preservó la vida de Fidel.

En aquellos meses (finales de 1947 y comienzos del 48) Fidel estaba poniendo término a su primera etapa de vida política, definida por su ambición, por su valentía, y por la ausencia de un rigor político coherente. Por eso leo con un gesto de asentimiento un artículo de Fidel en *Bohemia*, un año después de salir de la prisión de Isla de Pinos, en el que decía: “La culpa no estaba en los jóvenes que arrastrados por sus inquietudes naturales y la leyenda de la época heroica, quisieron hacer una revolución que no se había hecho, en un instante en que no podía hacerse. Muchos de los que, víctimas del engaño, murieron como gangsters, hoy podrían ser héroes” (25 diciembre 1955). Se refería a muchos jóvenes que fueron eventualmente sus amigos y, en especial, a Orlando León Lemus, “el Colorao”, tan satanizado por la prensa, antiguo soldado en las fuerzas armadas estadounidenses (aunque al parecer nunca combatió en el frente de batalla y estaba en Estados

Unidos huyendo de amenazas de rivales cubanos), que fuera asesinado por la policía de Batista en una casa de la calle Durege, en Santos Suárez, llena de armas dispuestas para una revolución sin política definida, cuyo objetivo único era la muerte del tirano. Y escribía Fidel: “muriendo frente a la tiranía, se reivindicó de sus errores”.

¿Recordaba Fidel también la matanza de Orfila en la que murió su amigo Emilio Tro y estuvo a punto de morir Morín Dopico? Recordaba al comandante Mario Salavarría, el enemigo, el que se pasó al grausismo cuando Grau fue presidente, y llegó a tener, como diría Fidel en 1952, “el control de todos los cuerpos represivos, no menos represivos que los de ahora (los del batistato), y era el dueño de la capital”.

En julio de 1947, lleno de dudas e insatisfacciones, viajé a México; Fidel era ya, a sus veinte años, un líder indiscutible, pero con una concepción revolucionaria que, aunque profundamente honesta y apasionada, carecía de aquella madurez que luego adquirió. Es el Fidel que entonces yo conocí, y al que, en un plazo de tres años fijados por él mismo (1947-1950), estando yo en México según una fatalidad malaventurada, se unirían en diferentes fechas los otros nuevos “castristas”: Alfredo Guevara, Eduardo Corona, Pardo Llada, Luis Conte Agüero, y algunos otros jóvenes socialistas de la universidad (Arquímides Poveda, el que primero me viene a la mente), en un amasijo extraño que medía su nueva capacidad de convocatoria.

A Fidel, Cayo Confites debió de enseñarle mucho, *a contrario*. Él mismo lo ha contado más de una vez. Al responder al periodista colombiano Arturo Alape sus preguntas sobre el *bogotazo*, dijo: “yo en esa época estaba adquiriendo una conciencia revolucionaria, tenía iniciativas, era activo, luchaba, pero digamos que era un luchador independiente”. Debió desde entonces leer vorazmente mucha teoría política de muy diversas fuentes y, también, el *Manifiesto comunista* y *El estado y la revolución*, libros de los que uno no sale indemne. Y los unió, con poderosa intuición, a los documentos políticos fundamentales de Martí. Esa formación teórica, tan rápida, tenía un ramal político práctico concreto: relaciones con Prío (tras la muerte de Chibás), relaciones con los exiliados (tras el golpe de Batista), relaciones con la FEU (y con el Directorio Estudiantil Universitario), y relaciones con el PSP. Nadie podía ya dejar de tener en cuenta, en una u otra medida, la perspectiva que él, de una manera impetuosa, anunciaba. ■

Federico Álvarez (San Sebastián, 1927). Escritor y crítico español, nacionalizado mexicano. Ha vivido su exilio como hijo de republicanos españoles en Cuba y en México. Doctor en Filosofía por la UNAM. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 2003 recibió el Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en Humanidades; en 2004 el Consejo de Estado de la República de Cuba le impuso la Medalla de la Amistad entre los Pueblos y, en 2006, la Distinción por la Cultura Nacional. Es autor de *La respuesta imposible* (2002), *Vaciar una montaña* (2009) y *Una vida. Infancia y juventud* (2013). Es miembro del Concepto Editorial de *Archiipiélagos*.